



Escribir y jugar

Write and play

Andrea Ocampo¹

Universidad Nacional de Rosario
aeocampo@hotmail.com

Resumen: En el presente trabajo se proponen varios recorridos concéntricos en torno a la idea de jugar en los talleres literarios. En un primer momento se desarrollan consideraciones relativas al carácter del taller literario como un espacio singular de características propias (¿a qué se le llama “taller”?, ¿cuál es su propósito?, ¿quiénes lo integran?, ¿quién lo coordina?, ¿qué tipo de saberes circulan?, son algunas de las preguntas sobre las que gira la reflexión). En un segundo momento se busca indagar sobre el rol del juego en el taller, en tanto protagonista natural, pero también, como agente conflictivo. En este sentido, se delimitan las dimensiones involucradas, a saber: tiempo – espacio – cuerpo – palabra, como ejes que permiten tensionar la habitual caracterización de la lectura y la escritura como actividades solitarias y silenciosas. Lo que aparece en el fondo de estas disquisiciones es el estatuto de la lengua como juguete, y en ese marco, la instancia de juego como aquello que compromete todo lo que sabemos y todo lo que somos. Finalmente, se describe y analiza el caso particular de un taller literario coordinado por la autora, como experiencia significativa que otorga espesor vital y reviste de resonancia íntima las consideraciones previas.

Palabras clave: Escribir – Jugar – Taller literario

Abstract: In the present work, several concentric routes are proposed around the idea of playing in literary workshops. At first, considerations regarding the literary workshop as a unique space with its own characteristics are developed (what is called a "workshop"?, what is its purpose?, who integrates it?, who coordinates it? , what kind of knowledge circulates?, are some of the questions on which the reflection revolves). In a second moment, it seeks to investigate the role of the game in the workshop, as a natural protagonist, but also as a conflict agent. In this sense, the dimensions involved are delimited, namely: time - space - body - word, as axes that allow stressing the usual characterization of reading and writing as solitary and silent activities. What appears in the background of these disquisitions is the status of language as a toy, and in this framework, the instance of play as that which compromises everything we know and everything we are. Finally, the particular case of a literary workshop coordinated by the author is described and analyzed, as a significant experience that gives vital depth and gives intimate resonance to the previous considerations.

Key words: Writing – Playing – Literary workshop

¹ **Andrea Ocampo** es escritora y Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Coordina los talleres “Argonautas” de lectura y escritura para niños, jóvenes y adultos. Es editora del sello Bengala. Produce y conduce una columna especializada en literatura en Radio Universidad de Rosario, así como programas radiales de interés cultural. Trabajó para el Ministerio de Educación de Santa Fe en programas de promoción de lectura. Ha publicado los libros de poemas *Lo bueno breve* (1998) *Dale brazos* (2001), *Góndola* (2011, reeditado en 2018) y *Pajarito* (2017).

En el presente trabajo se proponen varios recorridos concéntricos en torno a la idea de jugar en los talleres literarios.

En un primer círculo consideraremos los talleres literarios como espacios de educación no formal que al carecer de una regulación normalizadora admiten formatos de todo tipo, desde clases magistrales a cursos de autoayuda, en consonancia con lo que la idea de literatura, escritura, creatividad, y otras complejas construcciones filosóficas alientan a quien se proponga llevarlos a cabo.

Lo fascinante de los talleres literarios es precisamente esta rebeldía intrínseca contra toda ley que permite llamar “taller” a una amplia gama de propuestas coordinadas también por personas de procedencia académica o no, cuestionables siempre.

Muchas veces se trata de escritoras y escritores que generosamente comparten la experiencia que han tenido en su carrera. Algunos quizás hasta aporten cartas de recomendación y su agenda de contactos, aunque por lo general lo que se comparten son estrategias para superar escollos que entorpecen el desarrollo de las obras. Esto demostraría que aquellos abocados a la escritura, tendrían en común en el enfrentarse a los mismos obstáculos para los que estarían en igualdad de desventaja y por tal razón acudirían a alguien con experiencia para que guíe sus pasos. Sin duda, un atractivo de estos talleres coordinados por gente que escribe es poder relacionarse en forma directa y a través de la materia amada como lectores admiradores de la obra. Y disfrutar también aunque sea tangencialmente de algo de la fama o aura que rodea la figura del coordinador.

Sin embargo, muchos coordinadoras y coordinadores de talleres literarios no son escritoras y escritores pero son profesionales de las letras con estudios pertinentes terciarios, universitarios, y allí la carrera académica sería la garante de un saber prestigioso que resolvería los escollos prácticos sin la experiencia práctica.

Hay coordinadoras y coordinadores que reúnen ambos mundos en su propuesta de taller, son escritores y han obtenido títulos relacionados con lo literario. Otras veces se trata de escritoras y escritores que se destacan en su labor y además se desempeñan como abogados, médicos, ingenieros, y por qué no músicos, peluqueros, cantantes, reikistas.

En cualquier caso: no hay título habilitante para coordinar un taller literario y serán los integrantes de cada taller quienes juzgarán las propuestas y elegirán asistir a uno u otro taller y allí también nos encontraremos con intereses de todo tipo: sanación por la imposición de las letras, el acceso a la publicación, una alternativa al ikebana, un club de fans de la coordinadora o el coordinador, un púlpito, comentar lecturas, conseguir pareja, desarrollar la escritura, acopiar saberes técnicos específicos, decir que vamos a un taller, pensar, reemplazar una adicción, transformarse en escritora o escritor, transitar un duelo, hacer nuevos amigos, jugar.

En vista de que tampoco hay un programa o un recorrido estipulado o normalizado que se deba seguir con un taller literario, son todas posibilidades válidas, solas o combinadas. Y en base a esta afirmación sostengo que un taller literario es un espacio para jugar y quien coordina también cumple un rol dentro del juego y su tarea en el taller es, básicamente, jugar.

¿A qué jugamos?

En un segundo círculo aparece el juego como protagonista natural y también como agente conflictivo. Muchos talleres se ofrecen como ámbitos de aprendizaje lúdico pero terminan siendo clases de lengua tradicionales o apenas más participativas que las escolares de cualquier nivel. La invitación sería más o menos así: vamos a jugar a que alguien que sabe les explica y ustedes escuchan, charlamos un poco e intentamos escribir. Claramente no es muy seductora la invitación.

Cabe destacar que para participar en un juego grupal hay que ser invitado y jamás estuvo mal visto arriesgar el retorno de una invitación con la

pregunta ¿puedo jugar? Entre extraños (vecinos nuevos, niñas y niños nunca vistos antes, primos lejanos, compañeros de escuela desconocidos por completo) bajo las peores condiciones (esperas en estaciones varias, campamentos de refugiados, hospitales, velorios) las personas tenemos una experiencia infantil de haber jugado, de querer jugar, de aprender a jugar, valga la redundancia, jugando. De ahí la importancia de que el juego en el taller sea atractivo y no consista en una intrincada red de reglas de modo tal que los jugadores lo disfruten y acepten la invitación.

Ya se trate de jugar en soledad o en compañía, las dimensiones que se involucran son las mismas: tiempo – espacio – cuerpo – palabra. La lectura y la escritura se nos presentan como actividades solitarias y silenciosas pero no son ni lo uno ni lo otro por necesidad. Aún cuando las consignas se resuelvan de manera individual, el hecho de leerlas y comentarlas las sustrae de su proceso solitario y las transforma en otra cosa. Incluso el acto de leer en voz alta, acto que se abandona en la escuela primaria, renueva la experiencia de apreciar los textos sostenidos en voces y se convierte en otro elemento del juego. Entonces, el juego solitario y el juego grupal se alternan y complementan en el desarrollo de un taller literario de modo tal que cada integrante desarrolle sus producciones alentando sus particulares modos de lograrlo y, a la vez, colabore y participe en las obras del resto del grupo y las obras que se conciban como grupales y, por supuesto, reciba también esos aportes y acompañamientos.

En la posmodernidad, la polisemia de la palabra juego quedó anulada por la ilusión de un premio que nos vuelve perdedores a todos. Quizás las más bellas primeras palabras para comenzar las actividades de un taller sean: vamos a jugar.

Ahora bien, para jugar hace falta acordar. No se juega bajo coerción o amenaza.

De ninguna manera jugar será una actividad orientada a conquistar un premio o demostrar superioridad de cualquier tipo, no es una competencia o

un enfrentamiento para confeccionar la lista de ganadores y, obviamente, la lista de perdedores.

En los juegos que se desarrollan en un taller literario el final es abierto: una lectura genera innumerables entradas y salidas, una consigna deriva en diferentes versiones de una idea que luego es imposible rastrear, cada propuesta cambia y se enriquece con los giros y matices que le imprime cada integrante del taller. El juego es agente conflictivo cuando quien coordina diseña juegos que no admiten cambios y de ese modo traiciona la invitación a jugar o bien cuando alguien que integra el taller ha rechazado la invitación a jugar y actúa en consecuencia.

¿Cómo se juega?

En pequeños círculos sucesivos y móviles, se encuentran preguntas que dibujan alternativas diversas alrededor de la elección y selección de temas, herramientas, modos y apuestas a la construcción de sentido que darán cuerpo a cada juego propuesto en el marco de un taller de escritura.

Los roles de este juego se consideran en una triple coincidencia: escritor- lector- jugador y esa misma coincidencia define a quien coordina un taller. La totalidad de los integrantes de un taller juegan juntos y si bien resalta la figura de un coordinador o facilitador, esta figura encarna un rol diferente del de los participantes pero es fundamental que forme parte del juego para que este se desarrolle. En muchos juegos se estiliza que uno de los jugadores tenga un rol diferente: quien cuenta jugando a “la escondida”, quien recorre la ronda en “el huevo podrido”, quienes hacen el puente en el “martín pescador”. En el ámbito del taller quien guía la actividad quizás no pueda alternar o intercambiar roles con los demás, no obstante es quien conoce el juego de antemano (probablemente lo ha inventado) y funciona como un anfitrión que se asegura de que los huéspedes lo pasen bien para pasarlo bien con ellos.

La instancia de juego compromete todo lo que sabemos y todo lo que somos. Cuando jugamos hacemos con lo que existe otra cosa, hacemos con las mismas palabras cosas diferentes de las que hacemos habitualmente y ese tráfico nos enriquece. Jugar implica además discernir entre lo que es juego y aquello que no lo es sin caer en el cliché de una nostalgia lacrimosa por la infancia. Al leer y escribir en el taller vamos de lo “real” al juego y regresamos a lo “real”, saltando de ida y vuelta esa delgada línea que mientras más se aleja nos permite la perspectiva de imaginar con mayor libertad.

Cada taller es único. Las variables previstas e imprevistas modifican sobre la marcha los juegos y, a su vez, los juegos dependen en gran parte de las posibilidades del lugar donde se realiza el taller, de las características de los integrantes, de los recursos materiales, del tiempo... del sonido ambiente, de la estación del año, del clima social imperante. Por eso el gran desafío es ampliar el rango de los recursos y considerar ejercicios de escritura jugando con los cuerpos: el movimiento, las poses, los gestos, los sentidos, las acciones, el baile. Incorporar en las propuestas las artes plásticas: retratos, grafos, pinturas, glifos. Las nuevas tecnologías como terreno de juego ofrecen muchas oportunidades para inventar y experimentar.

Quizás en el centro siempre esquivo de estas apreciaciones esté la lengua escrita como juguete y lengua oral como juguete. La imagen de juegos que se arman con broches, botones, cajas vacías, cucharitas descartables se presta para imaginar lo que hacemos cuando jugamos en los talleres de escritura.

En carne propia

Durante 2018 y 2019 fui invitada por Federico Tinivella a participar del Dispositivo “Arte y Salud Hospital de día Servicio de Oncología - CEMAR + Biblioteca Argentina Dr. Juan Álvarez”. Estas dos instituciones venían desarrollando actividades que involucraban distintos lenguajes artísticos y en el rubro literatura llevaban adelante sesiones de lectura que se completaban

con visitas de escritores que conversaban sobre sus obras y temas varios. El desafío que se planteaba en ese momento era lograr que las personas participantes, además de leer y conversar, pudieran escribir textos literarios y a ese fin me convocaron.

La sala de Oncología del CEMAR (Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias de Rosario) consta de dos espacios interconectados y absolutamente visibles desde ambos lados: una pequeña salita de enfermería y el salón donde se alojan dos líneas enfrentadas de sillones grandes y mullidos, cada uno con su porta-suero donde se dispondrá la medicación y se conectará mediante una vía al brazo del paciente. Es una suerte de pasillo de tres metros de ancho por seis de largo, con seis sillones en total.

Las sesiones de quimioterapia tienen duración variable según los pacientes, pero en el horario del taller el lapso era de aproximadamente una hora. Luego se retiraban los pacientes e ingresaban otros. Cabe destacar la impecable labor de las enfermeras y enfermeros a cargo de la sala.

El taller de escritura creativa se presentaba una vez al mes, un día de semana a las 8 de la mañana y me acompañaba una de las psicólogas (Nancy Ciruolo) a cargo del dispositivo. De manera habitual, dada la hora de la mañana, quien así lo deseara podía tomar un té o un mate cocido con galletitas y por lo general estaba encendida una tv empotrada en la pared del fondo. De mes en mes, algunos pacientes continuaban con sus tratamientos y coincidían sus fechas de quimioterapia con las fechas del taller y en la mayoría de los casos, nos encontrábamos una sola vez. Como consecuencia de este hecho, previsto en la organización, era fundamental que en cada encuentro todos los participantes escribieran un texto, ya que era poco probable (aunque sucedió varias veces) que existiera la posibilidad de volver a encontrarnos para jugar y escribir.

Así las cosas, una vez al mes, un martes o un miércoles, a las 8 de la mañana comenzaba el taller de escritura creativa en la sala de quimioterapia.

El primer paso, luego de las presentaciones de rigor, era invitarlos a jugar y aclarar que podían negarse, ya que jugar nunca podrá ser una actividad obligatoria. Nunca hubo negativas.

Consideremos que algunas de estas personas para llegar a la quimio a las 8 de la mañana salían de sus casas de madrugada, ya que muchos vivían lejos del CEMAR, incluso venían de localidades aledañas a Rosario; las edades eran disímiles y los grupos resultaban muy heterogéneos. Aún así, jugábamos.

Jugábamos y en estos juegos no se hablaba de lo obvio: quimioterapia, cáncer, dolor, ansiedad, esperanza, miedo, enfermedad, cansancio, muerte. Todas estas palabras ya formaban parte de los relatos en los que se anclaba la experiencia de cada integrante del taller, sumada a los traslados, las preocupaciones económicas, legales, filosóficas, al frío, la lluvia o la humedad de algunas mañanas. La propuesta del taller era producir textos que luego se compilarían en ediciones diversas o se exhibirían en la sala o en el ingreso del CEMAR, otorgando relevancia a las creaciones que surgieran en esos encuentros pero también dejando en el lugar de estos tratamientos médicos una huella escrita, perdurable, que llegaría a desconocidos y no les hablaría de lo que se habla en estos lugares ni tampoco serían textos motivadores para enfermos o repeticiones de ciertos discursos sociales que postulan metáforas bélicas, supersticiosas o fatalistas. Nada de eso.

Los juegos de escritura realizados en el lapso que duró el taller contaban con pasos bien definidos y un tiempo acotado que no debía entorpecer la actividad propia de la sala. En primer lugar, los materiales. Escribíamos en pequeños recortes de papeles de colores, cada participante elegía el color del papel y también elegía el color de un marcador o una birome. El porqué de estos materiales estaba dado por varios factores: los papeles debían caber en los apoyabrazos de los sillones y, para poder escribir, las fibras o biromes debían ser fáciles de manipular porque las personas del taller tenían en su brazo una vía conectada al suero con la medicación y, no menos importante: los papeles de colores son lindos. En segundo lugar, en

todos los juegos íbamos buscando, a partir de la conversación sobre el tema elegido para escribir, palabras sueltas, en pares, pequeñas asociaciones. Esas palabras a veces eran anotadas por los enfermeros o por la psicóloga o por mí, quienes disponíamos de los brazos y respondíamos al dictado. Luego el juego se completaba armando pequeños relatos o breves poemas a partir de las anotaciones, con las mismas salvedades del caso, y finalmente leía cada participante su producción, también con asistencia de alguien que sostuviera el papel frente a sus ojos. Hablábamos sobre la experiencia compartida, releíamos los textos, había muchos comentarios divertidos de por qué ese texto tenía esa forma o esa sonoridad.

Pasaban cosas. En las lecturas de los textos siempre había asombro y maravilla porque por lo general eran personas que nunca habían escrito o guardaban un lejano recuerdo de escrituras relacionadas con la escolaridad. A pesar de que los textos serían destinados a exhibirse, todos ponían solamente su nombre de pila. Una hipótesis podría ser que en el espacio del taller no eran los mismos que en la planilla hospitalaria donde prima el apellido. Varias veces conocí a personas analfabetas y en el taller participaban a sabiendas de que alguien anotaría lo que dictaran y de ese modo sus textos formarían parte del proyecto común.

Era impactante desde mi lugar de coordinadora retirarme entre saludos y risas desde sus sillones de quimioterapia. Los textos que habían surgido del encuentro en el taller no se parecían a otros textos, eran originales y creativos, sonaban a literatura y se alejaban de otro tipo de texto del que ya hablamos más arriba. Habíamos entrado y salido del juego sin movernos de la sala de quimioterapia y ese pasaje resultaba (superando cualquier obstáculo): placentero. Jugar habilita esos estados contradictorios y quizás se asocian a la infancia: jugar en una ciudad bombardeada, jugar con los escombros. Tratándose de adultos atravesando una situación tan delicada, el juego se instalaba no como la negación de los hechos presentes

si no como la posibilidad de ser personas vivas y dignas, con futuro. Quizás por eso todos reíamos al despedirnos.